

PREFACIO

SANTIAGO ÁLVAREZ CANTALAPIEDRA
Director de FUEM Ecosocial

El siglo xx ha sido el siglo de la consolidación y expansión de la *civilización industrial capitalista*. En el transcurso de este periodo, particularmente a partir de su segunda mitad, se han acelerado los ritmos de extracción de recursos y de emisión de residuos asociados a la actividad económica, dotando a las sociedades humanas de una elevada complejidad y una destructividad nunca vista. Estas circunstancias nos han conducido, ya en el siglo xxi, a un escenario inédito para el que apenas estamos preparados. Un escenario en el que converge la escasez sobrevenida de recursos estratégicos con la pérdida irreversible de biodiversidad y la desestabilización abrupta del clima. La magnitud que ha alcanzado la actividad económica en relación con la biosfera y el tipo de metabolismo socioeconómico que la civilización industrial capitalista ha extendido por todo el planeta proyectan sobre la humanidad una amenaza existencial.

Son razones suficientes para que esta civilización se encuentre hoy profundamente cuestionada. Ni el mercado ni la tecnología son capaces de garantizar en la actualidad las condiciones de bienestar y calidad de vida que el sueño ilustrado de la modernidad prometía. La civilización industrial capitalista ha redefinido las relaciones sociales y los intercambios con su medio a partir de la apropiación y explotación del trabajo humano y los recursos naturales, de modo que su historia es la historia de una doble depredación: social y ecológica. Su dinámica inherentemente expansiva, impulsada por el ánimo de lucro y el individualismo competitivo, choca con los límites naturales y desbarata los vínculos sociales, afectando de esa manera las condiciones materiales que permiten la reproducción de la vida y de la existencia social. De ahí que la *cuestión ecológica* se entremezcle inmediatamente con la *cuestión social* en un sentido básico y radical. No existen dos crisis separadas, una social y otra ambiental, sino una única e inseparable *crisis ecosocial*. Una *crisis general* que estalla en múltiples frentes y atañe a *todo* el sistema y que, por eso, cabe calificar de *crisis de civilización*.

Cuando una civilización no civiliza y se muestra incapaz de ofrecer salidas airoas a sus propias contradicciones, entonces los tiempos reclaman la necesidad de abando-

nar viejos paradigmas y adoptar otros nuevos. El viejo paradigma de la modernización capitalista exclusivamente orientado por la racionalidad instrumental y la mentalidad materialista y tecnocrática está en tela de juicio. Los valores que propaga por todo el orbe y sus obsesiones por dominar la naturaleza y por el crecimiento y la acumulación de la riqueza y el poder, así como su fe ciega en el mercado y la tecnología, se han vuelto mortalmente peligrosos.

El *Buen Vivir* se debe contemplar, como señala el autor del libro, como una construcción paradigmática. Arranca de una idea presente en las culturas andinas, el *sumak kawsay*, cuyo significado literal es *vida en plenitud* surgida del equilibrio entre diferentes dimensiones: la subjetiva, la comunitaria, la ecológica y la espiritual; representa el ideal de una vida armónica en proceso de construcción permanente. El Buen Vivir orienta las condiciones materiales y culturales de la vida de los pueblos originarios y, a partir de esta experiencia sapiencial (material y simbólica a la vez), se erige en paradigma al incorporar representaciones del mundo y de la naturaleza, ideas, valores, principios y prácticas de organización social. El Buen Vivir, presentado como construcción paradigmática, tal vez sea el aporte fundamental que el pensamiento latinoamericano ha hecho en las últimas décadas al campo de las humanidades y las ciencias sociales.

Es fundamental por varias razones importantes. En primer lugar, porque se construye como paradigma inclusivo. Una segunda razón de la significatividad de esta propuesta es que alienta modos alternativos de encarar el futuro a partir de representaciones, valores y prácticas (económicas, políticas y culturales) opuestas a las de la civilización industrial capitalista. Podemos sumar una tercera razón al añadir que el Buen vivir, al inspirar proyectos sociales y políticas públicas, resulta crucial en la tarea de repensar y reinventar la emancipación social de nuestros días. Son razones de peso que merecen una breve explicación.

La superación de la crisis de civilización solamente se logrará con un cambio de paradigma que deberá ser necesariamente *inclusivo*, y lo será en la medida en que logre combinar —a través del diálogo interdisciplinar— diferentes conocimientos y enfoques dentro de un mismo análisis e incorporar aspectos de la realidad secularmente ignorados o invisibilizados (por las clases dominantes del capitalismo patriarcal y colonial o por sesgos asentados en supuestos criterios de eficacia investigadora y reduccionismo científico). El Buen Vivir se construye como un paradigma original y autónomo del *sumak kawsay* al nutrirse de otras contribuciones procedentes del postdesarrollo, el feminismo, la ecología política y versiones heterodoxas de la economía política marxista, contribuciones todas ellas que han facilitado el discernimiento crítico sobre los componentes de etnocentrismo y las exclusiones presentes en las representaciones convencionales de la organización social y económica. Representaciones que siguen ocultando —como han resaltado María Mies y Vandana Shiva— que el capitalismo debe su desarrollo histórico a la explotación de tres ámbitos que ha convertido en sus colonias: las mujeres, la naturaleza y los pueblos y países del Sur. El capitalismo es un sistema económico que vive de la explotación de esas colonias generando un modo de vida imperial, y sin esa colonización ni la civilización occidental ni su paradigma de progreso probablemente existirían.

El pensamiento complejo, la forma más apropiada para comprender el mundo contemporáneo, otorga especial relevancia a estas estrategias de inclusión de temáticas, problemas y sujetos tradicionalmente excluidos del pensamiento cientificista y del paradigma de la modernidad. En esta tarea inclusiva, el Buen Vivir incorpora a las periferias “espaciales” y “temporales”, esas realidades ubicadas “fuera” o “antes” de las sociedades modernas del capitalismo central. Las periferias espaciales y temporales —recuerda Víctor Toledo— existen como *enclaves* premodernos o preindustriales y resultan *estratégicos* para la remodelación de la sociedad actual. En esas periferias se hacen presentes lo que Boaventura de Sousa Santos denomina *epistemologías del Sur*, cuya recuperación y reconocimiento no sólo es lucha contra el “epistemicidio” que provoca la apisonadora de la globalización sino también fuente de inspiración para un cambio de paradigma.

Estos enclaves periféricos coinciden con los lugares de mayor presencia de campesinos, pescadores y pueblos indígenas y se encuentran en las zonas de mayor biodiversidad del planeta; son la máxima expresión de la diversidad social y biológica y representan realidades híbridas conformadas a partir del encuentro (normalmente encontronazo) con las sociedades occidentales, pero en las que aún prevalecen rasgos y principios que alumbran otras formas de organización social y de relación con la naturaleza. Por esta razón se convierten en fuentes de inspiración para otras propuestas civilizatorias. Entre 300 y 500 millones de personas pertenecen a los llamados pueblos indígenas y, en su mayoría, forman parte de los cerca de 1.600 millones de campesinos, pastores y pescadores artesanales que hay en el mundo. Sólo en América latina se contabilizan 826 pueblos indígenas, que representan alrededor del 10% de la población y hablan más de mil lenguas diferentes. La mayor presencia indígena campesina se da en Mesoamérica (México y Guatemala) y en la región andina (Ecuador, Perú y Bolivia).

Decíamos que una segunda razón por la que el Buen Vivir representa un aporte fundamental es su capacidad para alentar modos alternativos de encarar el futuro. Los pueblos indígenas han resistido a todas las formas de colonización y han preservado códigos que los convierten en fuerzas de resistencia cultural y de lucha por una alteridad civilizatoria. En este sentido, son los que mejor indican el futuro porque, después de haber sido cercados y diezmados por la modernidad occidental, mantienen viva la llama de una sociedad justa y armónica con la *Madre Tierra*, ayudando así a reinventar la emancipación social a través de sus ideales y prácticas del Buen Vivir.

Con lo que entramos en la tercera razón esgrimida para justificar la relevancia del paradigma del Buen Vivir: su contribución a la reinención y actualización del proyecto emancipador ante la crisis de civilización. Aunque enraizado en la tradición indígena, se presenta como una opción de vida alternativa para toda la sociedad. Una alternativa cuyo objetivo central ya no es el concepto de desarrollo sino una idea presente tanto en las culturas originarias como en otras tradiciones filosóficas milenarias: el *buen vivir* indígena o la *eudaimonía* griega (concepto central en la ética aristotélica y en su filosofía política). La vida buena poco tiene que ver con el crecimiento económico y la acumulación del poder y la riqueza, tampoco con el éxito personal. Perseguir un objetivo como el de la buena vida permite alcanzar posiciones críticas construidas desde otras

epistemologías y acompañadas de praxis políticas que crean poder social y propician alternativas en la economía y en las formas de organización de la sociedad.

El libro de Patricio Carpio representa una valiosa aportación en este afán de búsqueda de nuevos proyectos políticos. El autor no se queda en la dimensión paradigmática del Buen Vivir. Da un paso más e indaga su viabilidad en cuanto proyecto de sociedad sin caer en la tentación de presentarlo como un modelo universal; más bien al contrario, su articulación como proyecto político es plural y adaptada al contexto histórico y cultural. No reconocer ese pluralismo sería contradictorio con el propio reconocimiento de la diversidad que lleva en su seno la propia noción del Buen Vivir. Ni es un mero proyecto “pachamamista” ni representa un programa modernizador e integrador de todas las culturas; sí ofrece, en cambio, un conjunto de principios orientadores básicos que giran en torno a la descentralización y al Estado plurinacional, a la interculturalidad en el seno de la sociedad y a la construcción de otras lógicas económicas y productivas. Desde estos principios, Patricio Carpio presenta el Buen Vivir como un sistema complejo formado por cuatro ámbitos relacionados: 1) las diversidades, 2) las soberanías, 3) las ecoarmonías y 4) las otras economías. No caben en este paradigma relaciones asimétricas entre estos ámbitos ni dinámicas que sacrifiquen los objetivos de alguno de ellos en favor de la consecución de los objetivos de cualquier otro. A diferencia del paradigma modernizador, ni la naturaleza ni la sociedad son ofrendas que hay que sacrificar en el altar del crecimiento y la acumulación.

Este conjunto de elementos que estructuran el Buen Vivir supone una reordenación radical de la sociedad. Para vislumbrar el alcance de esta reorganización sólo hay que atender a las implicaciones de cada ámbito: el de las diversidades conlleva abordar las cuestiones de la plurinacionalidad, la interculturalidad, los derechos colectivos y la democracia participativa; las soberanías se refieren tanto al campo de lo económico como de lo cultural y lo político, sin olvidar su significado específico para el sector alimentario y energético de un país; hablar de armonías implica cuestionar el antropocentrismo y la desterritorialización del capitalismo globalizador que sobre la base del extractivismo de los recursos y la fragmentación del territorio provoca expulsiones sin término, desarraigo social y destrucción de la naturaleza; finalmente, apostar por otras economías implica la revalorización y el apoyo a las economías populares tan presentes en el continente y que, a lo largo del tiempo, han sido nombradas de maneras diferentes: economía descalza, cooperativa, social y solidaria, campesina, etc.; e implica también la apuesta por una nueva matriz productiva compatible con todo lo anterior.

Las virtudes de este libro no se reducen al acierto de presentar el paradigma del Buen Vivir como un sistema complejo y a prestar en todo momento atención a sus implicaciones prácticas. También ofrece un balance de la experiencia ecuatoriana durante el periodo correspondiente al gobierno de Correa. En nombre del Buen Vivir se iniciaron en Ecuador y Bolivia los procesos constituyentes más originales del constitucionalismo contemporáneo. En la República del Ecuador, bajo el aliento del Movimiento de la Revolución Ciudadana, incluso se vislumbró la posibilidad de una transición poscapitalista capaz de redefinir otro Estado, otra política pública y otra matriz productiva al servicio de la vida buena. También en esto el libro ofrece enseñanzas, pues a veces se aprende

tanto de los errores y los fracasos como de los aciertos. El aprendizaje político es por ensayo y error, por lo que tan importante o más que imaginar futuros posibles es hacer un balance de por qué lo que pudo haber sido finalmente no fue y de qué le faltaría para llegar a serlo algún día.

Un ensayo como el que usted tiene entre las manos no surge si no se dan las condiciones propicias. En el caso del autor surge de una larga trayectoria docente y profesional. Patricio Carpio es profesor de la Universidad de Cuenca en Ecuador y junto con otros investigadores de esa misma Universidad, como José Efraín Astudillo o Ana Cecilia Salazar, son ya —en un país en el que no faltan voces autorizadas en la materia (como las de Alberto Acosta, Luis Macas, Pablo Dávalos o Mauricio León)— un punto de referencia en los estudios sobre el Buen Vivir. Una experiencia que prolongan a través de la Maestría de Investigación en Desarrollo Local con su doble mención en Buen vivir y Economía Solidaria y las redes de colaboración que han ido estableciendo con relevantes investigadores de toda América Latina (como Alberto Acosta, Eduardo Gudynas, Arturo Escobar, Víctor Toledo, Omar Felipe o José Luis Coraggio), y que han sabido extender hacia numerosas instituciones e investigadores de España (no sólo con FUHEM, también con Koldo Unceta de la Universidad del País Vasco, José María Tortosa de la Universidad de Alicante o Rafael Díaz-Salazar y Tomás Rodríguez Villasante, ambos de la Universidad Complutense de Madrid). Conocimiento, experiencia y vínculos que convierten a un libro como éste en una invitación abierta a seguir compartiendo vivencias y reflexiones colectivas acerca de la vida buena.